

# PELIGROSA SINGLADURA

JOSE DE ABASOLO MENDIBIL

**P**OR estas fechas, hace cuarenta y tres años, Europa se encontraba sumida en una serie de convulsiones, producto de hechos de fuerza. Los viejos políticos de la época, responsables de sus respectivas democracias nacionales, se veían incapaces de hacer frente al juego maquiavélico de aquel engendro del mal, endiosado en sueño de gran emperador: Adolf Hitler.

Y así se sucedían aquellos tristes hechos de ocupaciones por la razón persuasiva de una fuerza amenazante y de abusos irrefrenables de un ciego populacho uniformado. Las anexiones territoriales no acababan, ni las exigencias caían vez mayores desaparecían. La catástrofe se cernía en la mente de todos, que asistían impotentes a este declinar humano.

Por entonces, una importante parte del pueblo vasco se había visto arrojada de sus lares, ante la avalancha de otro hecho de fuerza: el apetito desordenado de ambiciosos y traidores. Se encontraban en un forzado exilio en propia patria, con separación política de fronteras. Y estas víctimas de un atroz atentado vejatorio de las libertades y respetos humanos, veían con cruda realidad lo que se cernía y el negrísimo futuro que se avecinaba, que había de acentuar y empeorar su situación.

Ya habían comenzado a realizarse contactos a nivel de embajadas y se perfilaban viajes de exodo a distintos puntos del nuevo continente.

Estas gestiones se deslizaban con los imponderables e inconvenientes que venían sumiendo en un desesperante agotamiento.

Por entonces, surgió en la mente de un viejo marino (no obstante, su todavía juvenil edad) la idea de lo que había de constituir "singular singladura". Para su autor, Josemari Burgaña, mutrikoarra, se trataba de un posible y realizable paseo. Y la idea cuajó rápidamente y hubo que limitar el consenso que se iba produciendo. Y así diecisiete afortunados y aventurados "marineles", unos de profesión y otros de circunstancias, hicieron realidad el sueño que estaba atormentando la mente de Burgaña.

**U**TILIZANDO dos viejos vaporcitos pesqueros, de apenas catorce metros de eslora y tres y medio de manga y sin alcanzar los tres de calado, con motor "Diessel" de 50 HP, dispusieron el "crucero a través del tanto peligroso, para entonces, Océano Atlántico".

Ya se cernía en forma palpable la proximidad de lo que había de ser triste y desgarrante realidad: segunda guerra mundial. La aventura tenía visos de cruda realidad.

Y en forma un tanto clandestina desatracaron del puerto de Baiona, el 6 de agosto de 1939, los vaporcitos "Bizarrena II" y "Donibane II".

En el primero iban embarcados: José María Burgaña, de Mutriku, quien ejercería el mando y capitania conjunta. Con él:

Antonio López Altonaga, de Mundaka

Antonio de Eguibide, de Mutriku  
Emilio de Lahoz, de Getaria  
Cosme de Goñiz, de Lekeitio  
José de Zabaleta, de Ondárroa

Ricardo de Azpirixaga, de Durango

Joseba de Arriandiaga, de Elantxobe

Miguel Marina Farredo, de Bábao (polizón)

En el segundo, bajo el mando de Pedro Ruiz de Loizaga, de Mundaka, hicieron la difícil travesía: León de Agirregomezkorta, de Mutriku

José de Bedialuneta, de Ondárroa

Silvestre de Isasti, de Getaria

Francisco de Baldibielso, de Mundaka

Fernando de Etxegoyen, de Bedia

Ramón de Koskorrotza, de Lekeitio

Pedro de Bernedo, de Ondárroa

Trece días más tarde, tras de librar fortísimo temporal en el Atlántico (costas de Portugal), recalaban en Dákar (África). Escala corta, acelerando salida ante presagios de inminente catástrofe que pesaba en el ánimo de los residentes enfilaron

proa a América, a través del embrevado Atlántico.

**E**L 5 de setiembre avistarian Punta Galera, en la isla de Trinidad, y montes de Tobago. Tres días más tarde alcanzaban la costa de Venezuela, en Río Caribe, y posteriormente entraban en el puerto de La Guaira, del litoral caraqueño.

En los mástiles de las dos embarcaciones ondeaban victoriosas al viento sendas ikurriñas, distintivos de una inequívoca personalidad.

Para entonces ya era triste realidad el comienzo de la guerra y a lo largo de la travesía habían ido captando noticias alarmantes y avistando navios mensajeros del mal que se avecinaba.

La aventura había finalizado exitosamente en cuanto a la seguridad personal. Comenzaban una nueva etapa, en tierra libre, fuera de tanta tempestad catastrófica.

Hoy, a través de los años, todavía siguen recordando aquellos días de ventura y decisión. Fueron de los primeros pioneros en comenzar el exodo vasco a tierras venezolanas. De aquel grupo de intrépidos "marineles", algunos han pagado el tributo de sus vidas; otros se mantienen en esa imborrable segunda patria, y otros han retornado a sus lares natales.